

# ANTE LA MUERTE DE SERT

**H**A muerto el artista. Y así como Solana y Zuloaga eligieron el sitio de tránsito, sus altos estudios de Madrid, José María Sert también ha elegido el suyo, yendo a morir en la Barcelona mediterránea y latina. Pocos artistas del rango internacional de este magistral decorador han conservado más puro su amor a la geografía de su patria. Si la afirmación necesitase ejemplos, podíamos citar los frescos de la catedral de Vich, realizados dos veces; su aportación a la Embajada de España en París y su última creación para el Alcázar toledano. Este sentimiento de Sert, este afecto profundo hacia los primeros cielos, es, en su perfil humano, el que más le distingue. Toda su obra está impregnada de una raigambre española, dentro de una concepción ampliamente latina, cercana a los maestros del Renacimiento.

Sert nos ofreció su última aparición, inolvidable, en el recinto casi velazqueño del Palacio de Santa Cruz. Aquella exposición, que fué una revelación para muchos, puso de manifiesto su íntimo sentido arquitectónico en una de sus obras definitivas y por él más amadas: los paneles del templo catedralicio de Vich. En esta realización su pintura se hizo más grandiosa, si cabe, al conseguir con el mínimo de elementos coloristas —rojo y oro— una plasmación genial, en donde el dibujo, en lección permanente, construía un magnífico canto épico-religioso de inigualable belleza. Esta exposición definitiva fué también una sorpresa para aquellos que sólo

conocían la fama del artista como decorador suntuario del palacio de la Sociedad de Naciones o de la última residencia de un multimillonario. Sert reservó para España su mejor obra en el intento y en el propósito; a igual que sus antecesores, que pusieron el arte al servicio de Dios en los templos hispanos, quiso él poner el suyo entre las piedras dedicadas a recoger las oraciones del hombre. Si a Sert le tuviéramos que buscar una filiación artística sería difícil encontrarla. En su largo peregrinaje por el mundo no recibió nunca las influencias de los movimientos estéticos, que en sus días fueron, vinieron, nacieron y murieron. El asistió a la agonía de muchos «ismos» y a otras tentaciones de mayor o menor dificultad; pero su obra nunca sufrió contagios; siempre obedeció a una creación personalísima, que ahora se encuentra repartida, con el nombre de España junto a ella, por todas las partes del mundo.

Sert era pintor de los grandes espacios. Nadie, como él, necesitaba superficies para sus concepciones. Desde la decoración del Palacio de San Telmo, en San Sebastián, hasta la del palacio del duque de Liria, toda su ancha y larga obra precisaba la mayor dimensión.

En estos días, en los cuales el artista se refugia en lo pequeño, José María Sert fué, acaso, el último pintor de muchedumbres. Frente a la intimidad reinante, él opuso una inspiración general. Toda su producción, casi epopéyica, necesitaba un foro de proporciones colosales para hombres gigantes, creyentes en una mitología artística. Sert fué, en su vida profesional, el pintor más impresionante y el único capaz de llevar a los mejores testers del mundo la gran sinfonía del hombre en su angustia, en su fervor, en su felicidad o en su tragedia.

En la Barcelona mediterránea ha muerto el eslabón que unía nuestras horas con un Renacimiento eterno. El artista en aspiración sobrenatural que fué José María Sert estará siempre, en la historia del Arte, afirmando con su obra cómo se puede conseguir la ansiada inmortalidad.

SANCHEZ-CAMARGO